

Edmundo O'Gorman

Gloria Villegas Moreno

La historia es vida. Éste ha sido el principio rector de la obra de Edmundo O'Gorman, que se encuentra plasmado en la labor de más de medio siglo dedicada a la enseñanza y a la investigación. Poseedor de una vocación ejemplar para el ejercicio armónico, profundo y creativo de ambas, O'Gorman es una de las figuras cardinales de la historiografía mexicana contemporánea. A él se debe una de las recuperaciones más importantes del vigor teórico de nuestros estudios históricos, al emprender una tesonera cruzada en favor de la revitalización del pasado.

Durante poco menos de una década, entre 1936 y 1947 se definieron los rasgos fundamentales de la obra de Edmundo O'Gorman, tanto en sus primeras obras, *Historia de las divisiones territoriales* (1936) y *Fundamentos de la historia de América* (1942), como a través de la cátedra, tarea en la que se inició en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (1941).

Su formación de abogado potenció las capacidades que poseía para el alegato; la experiencia en el manejo de documentos, adquirida principalmente en el Archivo General de la Nación, lo dotó de un rigor excepcional para el tratamiento de las fuentes: su pensamiento se nutrió de la dimensión más rica de la obra de Ortega y Gasset y de Gaos. Y todo ello, catalizado por la imaginación y el amor al conocimiento, fluyó para volcarse en la enseñanza y en la investigación, que ha practicado con excelencia singular en el ámbito universitario.

En 1947 dos episodios de su vida intelectual contribuyeron sustancialmente al replanteamiento del sentido y razón de ser de la tarea del historiador: la publicación de *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, editada por la Universidad y, unos meses después, su iniciativa para que en la Facultad de Filosofía y Letras se impartiese, por primera vez, un curso de historia de la historiografía, "dada la tendencia que existe en todas las disciplinas de revisar sus fundamentos". La publicación y la cátedra fueron obras de madurez del distinguido universitario y fueron hitos en la vida académica de la Facultad de Filosofía y Letras. Por estos mismos caminos pregonó, entonces y después, la subjetividad del conocimiento histórico, la significación de las circunstancias particulares para comprender cualquier proceso y la premisa de que el hombre va dotando de sentido al pasado, en función del presente.

Su abundante obra escrita y su desempeño ejemplar en la docencia han hecho a O'Gorman merecedor de las más altas distinciones: profesor emérito, Premio Universidad Nacional, Premio Nacional de Letras, miembro de la Academia Mexicana de la Historia. Junto a ellas, testi-



Francisco de la Maza, Edmundo O'Gorman,
Justino Fernández y Juan Antonio Ortega y
Medina.

monian su calidad de gran formador de historiadores, los homenajes y reconocimientos que le han tributado discípulos e instituciones.

La vitalidad excepcional del pensamiento de O'Gorman obedece a que se sustenta en la reflexión creativa y a ella —no a dogmas que con el tiempo se vuelven estériles— ha invitado siempre.

En efecto, O'Gorman debate, busca pruebas, ofrece argumentos con destreza e incita a que sus interlocutores revisen los fundamentos mismos de sus ideas y respondan a sus objeciones. Así procedió cuando era el crítico más severo del pensamiento positivista, e igualmente lo ha hecho en varias de las importantes polémicas que ha protagonizado a o largo de su vida. Y es que para Edmundo O'Gorman, el pensamiento del hombre es siempre una aventura y, fiel al principio sustancial del historicismo, ha vuelto pensamiento y aventura históricos cuanto ha tocado: sus investigaciones en torno al descubrimiento de América, Las Casas, Acosta, Motolinia, Mier; las visiones episódicas o generales de la historia mexicana; los discursos pronunciados al recibir las distinciones que con gran justicia le han sido otorgadas.

Todos y cada uno de los temas tratados por O'Gorman han sido presentados por él como acontecimientos únicos, señeros y excepcionales de la vida del hombre, al formularlos con rigor y sistematicidad expositiva, pero sobre todo con imaginación, persuadido de que el pensamiento es el único campo en el que el hombre posee el atributo divino de la potencia creadora y de que el amor es aquello que insufla vida al pasado.

En algunos momentos se ha considerado que el pensamiento de Edmundo O'Gorman, nutrido tan profundamente de inconformidad y espíritu crítico, induce a una actitud escéptica. Sin embargo, una cuidadosa revisión de su obra denota que la saludable duda intelectual con la que O'Gorman se acerca a cualquier tema histórico, no es sino un trayecto que halla siempre una nueva esperanza. Ciertamente, O'Gorman disfruta llevando a sus oyentes o lectores por los laberintos y los precipicios de los temas que él mismo ha recorrido; los hace partícipes de la aventura. Y cuando el propio relato parece demostrar que el problema tratado debe ir al desván de los olvidos y el historiador debe retirarse derrotado, O'Gorman resuelve la aporía, al encontrar una nueva luz para abordarlo.

Así, una y otra vez ha emprendido búsquedas y hallado “revelaciones”. Porque solamente con audacia, optimismo, imaginación, rigor y capacidad reflexiva podía haberse trasladado el asunto colombino a planos conceptuales que remiten a los designios del pensamiento occidental y redimensionar el pasado de México, para invitar a su asunción íntegra y hacer inteligibles los personajes y episodios que las banderías políticas o las visiones unívocas habían vuelto estáticos.

O'Gorman ha dado, con éxito, muchas batallas por la historia. Quizá

una de las más fructíferas ha sido la de la enseñanza, expresión cabal de su fe en el conocimiento, y cuya significación reconoce tácitamente en la bella dedicatoria de su introducción a la *Historia de la guerra del Peloponeso*: “con devota amistad, para Eduardo Blanquel y Jorge Alberto Manrique, mis discípulos que fueron, mis colegas que son, mis maestros que serán”.

Daniel Olvera Sotres

María Alba Pastor

Las preocupaciones académicas del profesor Daniel Olvera Sotres (25 de diciembre de 1947-10 de diciembre de 1988) surgieron en estrecha vinculación con los proyectos políticos de la generación de los jóvenes que participaron en el movimiento de 1968. De estos proyectos recogió la inconformidad ante la injusticia social, la confianza en la próxima construcción de un mundo más humano y más libre, y el diario trabajo dirigido a la discusión y reflexión del acontecer presente y de su pasado histórico. Estas inquietudes se percibieron en sus años como estudiante de la carrera de Historia, iniciada en 1969 en la Facultad de Filosofía y Letras, al calor de las polémicas que abría la reciente represión de Tlatelolco. Fueron perceptibles también en los temas elegidos por el profesor Olvera para su estudio y elaboración de tesis de licenciatura: el marxismo, la teoría económica y los problemas de la filosofía de la historia.

Con un carácter tranquilo y una gran capacidad de análisis, el profesor Olvera leyó con detenimiento a Marx y extrajo de su obra no un sistema rígido como acostumbraban algunos intelectuales de la época, sino una rica y compleja orientación para interpretar la historia. Ésto fue lo que volcó en los cursos sobre materialismo histórico que impartió en el Colegio de Historia y en las cátedras dictadas, las guías de estudio y los materiales didácticos elaborados para el Sistema de Universidad Abierta de Filosofía y Letras, del cual fue profesor de Tiempo completo y secretario académico desde 1987.

Para Daniel Olvera la formación de profesionales de la historia tuvo una importancia central en su vida en la Facultad. Por ello destinó largas entrevistas y minuciosas asesorías a sus alumnos, buscó los métodos de enseñanza más adecuados y se puso al día en torno a las polémicas más apremiantes sobre la historia y la historiografía. Motivado